

**V CERTAMEN ESCOLAR RELATOS CORTOS “HERMANO EDUARDO MONTERO”
ASOCIACIÓN DE ANTIGUOS ALUMNOS COLEGIO NTRA. SRA. LOURDES
1º Premio Categoría B**

NUESTRA VIDA

**ANA ISABEL AÑÍBARRO LÓPEZ
2º B de BACHILLERATO**

Parecía cansado, sin embargo, algo en sus ojos parecía haberse despertado al encontrarme. Estaba más mayor, no era aquel chico con greñas y fibroso de entonces, pero se notaba que no había perdido su gesto a la hora de hablar. La emoción de habernos reconocido tantos años después, hizo que no resistiéramos a sentarnos ahí cerca, en una de esas calles con terraza, al lado donde había sido nuestro hogar durante tantos años.

Empezó contándome que nuestro último año juntos, antes de separarnos, lo supuso todo. Había sido el año más raro de su vida, y que por ello le había llevado a estar hablando conmigo en ese momento, él estaba convencido. Que el habernos visto no era un mero pretexto más, él sabía que no era una coincidencia, y al despedirnos comprobé que tenía toda la razón.

Siempre habíamos soñado a lo grande, ese sitio siempre nos hizo aspirar alto, siempre a más. Ya desde pequeños nos hacía querernos entre nosotros, y dimos gracias de poder tener a alguien que siempre nos guiase, que nos enseñaba a colorear lo que sentíamos y lo que nos inquietaba, que nos miraba con cariño y se preparaba nuestro tiempo juntos. Ellos, que fueron lo que nos recibieron con las manos tendidas para no dejarnos caer, con los brazos abiertos para saber que a partir de ahora siempre podríamos recurrir a ellos, y el corazón tan grande que siempre habría hueco para nosotros. Creo que los primeros días y años, hacen que sea muy complicado recordarlo todo, pero se notaba que Javi y yo aún podíamos sonreír y reír con más de un recuerdo. Los primeros momentos, los primeros gustos, los primeros amigos, las primeras canciones, los primeros juegos, las primeras carreras, los primeros corta y pega, los primeros disfraces, la primera vez que aprendimos a escribir nuestro nombre, las primeras veces que imitábamos a los mayores,... entre tantas cosas, tuvimos la suerte de compartir todos nuestros primeros momentos allí juntos. Es maravilloso recordarnos saltando y brincando por aquel pequeño patio lleno de columpios y niños, donde solo se respiraba dulzura e inocencia entre los pequeños. Menos mal que la seguridad y la acogida de aquellos años fue lo que comenzó definiendo quienes íbamos a ser.

Javi era capaz de acordarse de detalles y gestos de aquel entonces, y con su atractiva forma de

contarme todo, no podía evitar sentirme aliviada y feliz de poder estar escuchándole.

Yo le contaba lo importante que fue el tener amigos de verdad desde el principio. Ahora mirando atrás, no somos conscientes de cómo aprendimos a estudiar, a memorizar las tablas de multiplicar o recitar una poesía cada mes a nuestra profe de lengua. Las mil cosas que adquirimos sin darnos cuenta. Creo que ambos podíamos recordar alguna anécdota de excursiones, es inevitable no recordar las pinturas en la cara, quien se cayó al río o lo que disfrutamos pisando uvas o las caras de alguno al ordeñar a las vacas. Los nervios de ir en el bus con tu mejor amigo. Y las primeras fiestas repletas de juegos y alegría por celebrar un año más que seguíamos todos juntos. Fue una infancia preciosa acompañada de personas que hablando de ello, ahora sin querer, recordamos.

Según íbamos creciendo, nuestro recorrido tenía un montón de puntos de inflexión donde no todo era tan feliz o ideal, sobre todo cuando llegamos a la adolescencia. Sin querer, lo material se priorizó y lo físico tomó valor en nuestras decisiones y manera de tratarnos, el empezar a conocer gente nueva a la que ante todo teníamos que causar buena impresión. Sin más, la prioridades cambiaron, eso Javi y yo lo teníamos claro. Elegíamos mucho con quien sentarnos en clase de matemáticas y las notas dejaron de ser tan importantes más que para tener contentos a nuestros padres. Fueron años de revolución. Recordamos lo que supusieron nuestras primeros sábados en alguna discoteca o nuestra primera borrachera ilegal. Las noches eternas que pasamos todos juntos al pie de la luna en cualquier lugar con tal de estar juntos. Eso fueron los primeros años donde empezamos también a valorar lo que era la amistad de verdad. Y aunque cada uno siempre tenía sus circunstancias no era menos de esperar que siempre se encontró apoyo en alguien de nuestro alrededor. Alguna chica en especial, tuvo problemas con la comida y su físico, a otros se les murieron familiares tan cercanos como un padre o una madre. Otros, sufrieron en casa con alguna enfermedad de quien querían y se dio algún caso en el que compañeros fueron a apoyarle al hospital, porque el que estaba enfermo era él mismo. También se dieron cosas más banales pero que a nuestro parecer sentíamos que se acabaría el mundo pronto, como el engaño de una amiga o lo mal que se pasa tras tu primer amor. Llegamos a vivir todos acompañados los suspensos y castigos, o incluso alguna injusticia. Pero, siempre, desde lo más grave a lo que luego ha dejado de serlo, siempre había alguien al que recurrir, siempre había alguien que te servía de refugio y siempre había alguien que te servía de huida.

El teléfono de Javi hizo que se acallaran los recuerdos por un segundo. No sabía con quien hablaba, pero por su cara no parecía extremadamente importante. Cogía su móvil con la mano izquierda, y sin darme cuenta, mirándola recordé que era zurdo. Parecía una bobada, pero sin querer hizo que se me llenasen los ojos de lágrimas y no pude evitar emocionarme. Yo le había conocido de verdad, y por todo mi pecho me recorría una sensación de calor, parecida a cuando sientes que algo

pasa, pero no sabes realmente por qué, simplemente que algo te importa. Yo había tenido la oportunidad de conocer a Javier González al completo, entero, pero ya hacía casi 20 años atrás. Solo me venía a la cabeza la palabra “tiempo”, me daba vueltas, y con ella todo lo que en ese momento me inquietaba de mi vida.

Mientras observaba como hablaba, recordé de golpe nuestro último año juntos, ese que marcó la decisión de nuestras vidas, el que hizo que nos encontráramos aquel día. El tiempo que compartimos aprisionaba mi mente todo el rato con momentos vividos. Y es que, nuestro último año fue tan corto y veloz, que nuestra despedida pareció que fuese para siempre.

No todo el mundo sabía que hacer con su futuro, había gente con las cosas muy claras y gente que se angustiaba por no elegir el camino correcto. Otros, simplemente navegaban a la deriva expectantes de que el tiempo y las buenas cosas fuesen a ellos. Aunque estos últimos parecían que nunca madurarían, en el fondo por aquellos tiempos, fueron los que nos dieron el toque de despreocupación que a muchos les faltaban, incluso nos ofrecieron los mejores momentos que acabaron en carcajada limpia en todos los que nos encontrábamos a su alrededor. Ese año fue el peor, pero tuvo momentos que fueron los mejores de nuestra vida. Sabíamos que no era todo estudiar, que no eran todo los trabajos y no era solo la nota que fuésemos a sacar en la selectividad, esa prueba que tanto nos había desvelado hasta acabar convirtiéndose en un monotema entre nosotros: “que si la nota de corte”, “que si esta asignatura te pondera”, “coge la calculadora que te calculo cuánta nota tienes que sacar”, “tía, ¿tú me ves haciendo esto de mayor?”, “¿me calculas la media?”, “¿y si no entro?”,... Lo pienso ahora y recuerdo aún los nervios que teníamos antes de los exámenes, de las noches hasta las tantas porque no te entraban en la cabeza los temas de lengua, o haciendo ejercicios porque otra vez lo habías dejado para el último día. Las veces que llamamos a algún compañero para que nos explique algo de última hora o simplemente para hablar de lo mal que vais y poder consolaros juntos. Parecía otro segundo de bachillerato como todos, con los atropellos de siempre, con una velocidad de vértigo. Sin embargo, muchos de nosotros, centrados tanto en el futuro, olvidamos lo que llevábamos aprendiendo durante casi quince años de nuestra vida en el colegio donde nos conocimos Javi y yo.

Javi, de repente, dejó el teléfono en la mesa, y volví otra vez a ese momento. Me pidió disculpas, y me contó que quien le había llamado era su madre para preguntarle que dónde estaba. Hacía mucho que Javier no volvía a casa, me explicó que pasaba cuando el curro se lo permitía, y que era poco. Llevaba ya 7 años trabajando a “tiempo completo” como decía él. Se refería a que tenía que estar pendiente del teléfono más de lo que deseaba y que aunque le pagasen bien, no sentía que le hiciese feliz.

Recuerdo que él siempre había sido un chico más espabilado que la mayoría y todo lo que fuese coordinar y gestionar era lo suyo, y estaba convencida de que era el mejor en su trabajo. No había más que verle que era un hombre de negocios. Me contó que acabó dentro de una de las Universidades más prestigiosas de Madrid, aunque siempre había querido irse fuera de España, sobre todo porque era más que bueno con los idiomas y hubiese sido una gran oportunidad para él y para todo el esfuerzo que hizo en sus años de estudiante. Incluso me acordé de que fue uno de los premiados con beca de nuestra promoción, pero por culpa de la pandemia no pudo marchar a su destino, todos sus planes de futuro se habían quedado en el intento. Sin embargo, sabía que había llegado muy alto y ya más cuando me dijo en la empresa donde trabajaba. Parecía su vida soñada y lo que siempre había querido. Sin embargo, notaba cierta preocupación en su gesto y un cansancio profundo en sus ojos. No era feliz. La vida en la capital era agotadora, llevaba ya mucho tiempo trabajando en ello, y de alguna manera sentía que no era ese su sitio, no sentía que su trabajo sirviese para ningún buen fin, de hecho su empresa tenía muchos entresijos, y no le convencía. Los primeros años fueron muy buenos, pero se fue dando cuenta de que siempre le faltaría algo. Por eso, ese fin de semana de marzo había venido a ver a su familia.

De alguna manera, solo podía sentir lástima por aquel viejo amigo con el que tanto había compartido. Me dolía saber que no solo el éxito le hacía feliz, pero tampoco estaba yo para hablar. Acto seguido me preguntó que cómo era mi vida, qué había hecho al final.

Lo último que él supo de mí fue que no llegué a la nota para medicina, y que por ello me tuve que meter en enfermería. Siempre fui apurada con mis resultados, pero ese mismo año se dispararon las notas de corte y me quedé fuera por más de lo que en un principio hubiese creído. Mi familia no pudo pagarme una universidad privada y que por eso al final opté por otra carrera. Fue terriblemente duro para mí, pero tras pasar un año, decidí volver a intentarlo. De nuevo fracasé, me di por vencida de forma definitiva y di por hecho que ese no era mi sitio. Ya eran dos años de retraso con los de mi generación.

Mientras le contaba todo aquello, sentí que él me miró como yo lo había hecho hacía un rato, de manera melancólica, pero él sabía que de alguna manera yo no lo contaba con pena o como un fracaso más, y eso le sorprendió. Y es que, lo que menos se esperaba, es que ese mismo año cuando había dado todo por muerto, y no me sentía capaz de llegar donde quería, encontré una hoja entre mis libros de 2º de Bachillerato. La habíamos escrito los dos durante alguna clase. En ella, aparecía un boceto sobre un hospital en el tercer mundo. Soñábamos con crear hospitales en los países ricos para con los beneficios poder financiar otros en los lugares donde la sanidad era decadente, y de esa manera, llegar a más sitios. Pero son los típicos planes que tiene un joven que pretende comerse el mundo sin

saber de que pasta es.

Se quedó perplejo. Tuve que sacarle el teléfono y enseñarle una foto de la misma. No se podía creer que yo al final hubiese conseguido entrar en medicina al tercer intento y que mi motivación para ello hubiera sido ese simple papel.

No pudo evitar que se le saltasen las lágrimas. Por lo menos uno de los dos había logrado lo que un día se propuso y eso hizo que nos emocionásemos. Lo que él aún no sabía era que tras cinco años en el hospital y con un poco más de experiencia, entendí que era mi momento de empezar a hacer realidad aquel boceto que ambos pensamos. Estuve unos años trabajando en el proyecto, intentando darle forma, pero había desistido y lo tenía abandonado desde hacía unos meses. Además, estaba a punto de casarme y entre una cosa y otra lo acabé aparcando definitivamente.

Ahí es cuando comprendí, al ver su cara, que de alguna forma iba a retomar aquel plan. A Javi se le iluminó el rostro y sus ojos dejaron de estar cansados.

Cinco años después, ya teníamos tres hospitales en España y uno en Ruanda. La financiación la conseguimos tras recaudar y ahorrar como nunca. Javier dejó su trabajo y se dedicó de lleno al proyecto, además de que volvió a Valladolid para estar más cerca de su familia, sobre todo al principio. Conseguimos que los primeros años, los médicos trabajasen de forma más altruista y voluntaria hasta poder pagarles como se merecían, aprovechando algún contacto que teníamos ambos, incluso se unieron antiguos compañeros de clase. Conseguimos contactar con muchos, y ese mismo año, pocos meses después, estábamos comiendo todos juntos.

Esta es una de las tantas historias que ahora muchos alumnos de segundo de bachillerato nos imaginamos de forma inquieta soñando con nuestro futuro, y más con estas circunstancias que hoy nos acompañan. Es precioso pensar que crecimos juntos en un colegio que siempre nos acogió y consiguió que creáramos lazos tan grandes y fuertes como los que en estos días nos unen. Las personas que dentro de él siempre apostaron y nos hicieron apostar por nosotros mismos, han hecho que ahora luchemos por lo que queremos. Ojalá que mis compañeros puedan decirme dentro de unos años que consiguieron todo lo que un día me contaron.